

tanta espiga perdida o desechada,  
tan rica, sin embargo, en bienvenidas.

¿Quién dijo que en un cuadro no cabía  
entera la llanura de la Mancha?  
Si cabe un niño,  
si cabe la ternura  
azul de tu mirada,  
mucho más limpia que las aguas del hontanar  
terrero- ¿qué razón impedirá  
a tu mano capaz el dominar  
la tierra y ajustarla?

Ahora, en Tomelloso, Antonio, habrá,  
posiblemente, un hombre junto a un carra  
que, en la honda sartén de la esperanza,  
prepare la comida del trabajo  
mientras niños y olivos le sustentan.

Antonio, estoy pensando  
que esas arrugas de tu rostro,  
-tu rostro todo arrugas- no es verdad,  
que es un disfraz de niño  
para seguir sin tiempo,  
varado en la aventura campesina  
del vuelo de tu infancia.

Estoy pensando, Antonio, y te lo digo  
muy bajo, y casi con rubor,  
que todavía sigues siendo un niño  
de campo y de llanura,  
y por eso te viene tan grande la camisa  
de hombre que te pones.  
Un niño ya maduro en soles,  
en tristezas de niños que te llaman  
para jugar a juegos olvidados  
y empiezas otra vez desde la luz  
que está en tu mano y en tus ojos,  
y te metes con ellos en el corro,  
y miras, y te encuentras perdido sobre un tiempo  
en que fue la llanura himno y salmo.

Nada ha cambiado, Antonio, aquella voz  
sigue siendo tu voz. Y crece  
en la llanura como un cardo,  
testigo vertical de las renunciadas.

Marcelino GARCIA VELASCO

